

ALEXANDER COPPERWHITE



RECUERDOS  
DE UN  
EDÉN MUERTO

[alexandercopperwhite.com](http://alexandercopperwhite.com) / Todos los derechos reservados

Diseño portada: Silvia Carazo (Divulga Publicidad)

## RECUERDOS DE UN EDÉN MUERTO

Por: Alexander Copperwhite

## I

El inicio de la creación, fue un agujero en el cosmos desconocido. Intentamos explicar lo inexplicable, alcanzar lo inalcanzable, y pretendemos realizar la labor de Dios, pero cuando nos enfrentamos con lo divino... recordamos porqué fuimos expulsados del Edén.

\*

La barca ronroneaba como un gato que descansa plácidamente sobre el vientre de su dueño. Las mansas aguas del lago canturreaban con suavidad una de las nanas de la naturaleza, que junto a la totora que crecía por la orilla y la suave brisa, envolvían a la pequeña embarcación en un halo de paz y tranquilidad. A menudo la armonía era interrumpida por la curiosidad de los peces que asomaban la cabeza para espiar la gran embarcación, y al sumergirse de nuevo removían las aguas generando un suave balbuceo que sonaba en el aire. Era como si un dedo invisible dibujase diminutos círculos en la superficie.

No muy lejos de allí, algunas aves aguardaban acurrucadas en sus nidos mientras otras paseaban bajo la luz de la luna y se deleitaban con la tranquilidad que desprendía el lago, y que recorría su piel bajo su espeso plumaje. El olor a hierba verde desgastada y de otra tanta que lucha por renacer, invadía el ambiente y le otorgaba una identidad mística y milagrosa. El ciclo de la vida. Las libélulas zumbaban de forma casi imperceptible y paseaban en busca de alimento y compañía; se acercaban a la superficie del lago y permanecían suspendidas sobre él, como si estuviesen sujetas con un hilo invisible que únicamente se mece al compás del susurro de su entorno. Casi mágico.

El joven enamorado interrumpía la concordia del ambiente cuando rompía con su remo el remanso de paz que existía a su alrededor. Su joven y hermosa acompañante, aún no se creía que finalmente y después de mucho tiempo, había encontrado el valor

para salir a hurtadillas de su casa para quedar por primera vez con su apuesto pretendiente. Ella era dulce e inocente y él patoso y falto de experiencia. Sugestivo. Cuando uno se acercaba al otro intentaban no tocarse para no romper el encanto, y porque les daba vergüenza, pero a su vez intentaban rozarse para que sus sensibles y vírgenes pieles pudieran sentir el tacto furtivo y así estimularse y aterciopelarse. La inocencia del primer amor verdadero. Las leyendas decían que cuando un amor tan puro como el agua, tan libre como el aire, tan brillante como las estrellas y tan dulce como las ciruelas caramelizadas, paseaba por este lugar, entonces conservaría su pureza para toda la vida.

Él la miró con ojos de búho. Curioso y asustado.

Ella le miró con ojos de gata. Desconcertada y a la vez misteriosa.

Las sonrojadas sonrisas se dibujaban una y otra vez en sus rostros, y sus cuerpos clamaban por un roce de labios o una simple caricia con las yemas de sus dedos. Era demasiado pronto para tomarse tantas libertades y tampoco sabían muy bien cómo hacerlo. Dulce inexperiencia de la juventud.

De repente, la tranquilidad fue interrumpida por un fuerte y grave pitido, como el que hacen los barcos transatlánticos, pero sonaba más vacío y más continuo... y las aguas se agitaron con furia.

## II

“Aquí Tango Alfa Gama cuarenta. ¿Me recibes base? Corto.”

“Te recibo alto y claro Tango Alfa Gama cuarenta. Informa.”

El piloto del helicóptero no se creía lo que había bajo sus pies. Por muchas vueltas que diera y por muy cerca que volase, resultaba imposible comprender lo que sucedía y aún más imposible de describirlo sin que los del mando central le colgasen la etiqueta de “loco”.

“Aquí Tango Alga Gama cuarenta. Yo...”

“¿Estas bien? ¿Qué demonios pasa en el lago?”

Sobrevoló de nuevo el lugar del suceso, se quitó las gafas de sol que le cubrían casi toda la cara y se frotó los ojos. *Estoy alucinando. No me encuentro bien.* –Pensó-. Su muñeca temblaba y con ella también temblaba la palanca de pilotaje; se movía hacia la derecha, después giraba hacia la izquierda y rectificando se elevaba para inclinar el morro del helicóptero hacia abajo y así poder verlo mejor. *¿Cómo explico esto? Y sí... -* Pensó de nuevo y empezó a dudar de su cordura-. *¡No! Eso no es posible.* –Dijo en voz baja-.

“¿Cómo dices Tango Alfa Gama cuarenta?”

El siseo de la radio sonaba como una serpiente que se arrastra por un rastrojo de ramas secas y tierra agrietada.

“Tango Alfa Gama cuarenta ¿me recibes?”

“Alto y claro”

“¿Y por qué no respondes? ¡Maldita sea!”

“No es posible. Corto”

Los dos jóvenes de la noche anterior observaban al aparato volador y entendían perfectamente cómo se sentía su piloto. Habían perdido repentinamente la vergüenza y

permanecían abrazados, contentos de tener el uno al otro y de estar aún vivos. La barca la habían abandonado de malas maneras en la orilla, los remos los tiraron al salir, una cesta con bollos de chocolate con nueces y té rosado flotaba por ahí cerca, y las chaquetillas se les habían caído y ahora se encontraban en alguna parte del fondo del lago. Sólo eran pérdidas menores.

El piloto voló por encima de los jóvenes y levantó la mano tímidamente para saludarles. Lo hizo como aquellos que están compenetrados de manera espontánea después de vivir una experiencia inolvidable o sencillamente horrible. Los jóvenes le devolvieron el saludo.

“Aquí Tango Alfa Gama cuarenta. He encontrado a dos testigos presenciales”

Siseo...

“Testigos ¿de qué? Corto.”

Seguía sin poder explicarlo y maniobró para colocarse de nuevo por encima del suceso.

“Veo un agujero”

“Vamos Tango Alfa Gama cuarenta; tienes que ser un poco más explícito.”

“Mmmmm... ¡Central!”

“Suéltalo ya de una vez”

“Eeeeeeee”

“¡Que hables!” –Gritó el operador-.

“Veo un enorme agujero en el agua”

“¿Un remolino en el lago?”

Siseo...

“Yo no he dicho remolino. ¡He dicho agujero!”

Siseo...

“Corto...”

### III

- Por favor aparquen a su derecha, dejen sus datos y seréis avisados con cualquier novedad. Nos hemos visto obligados a evacuar la zona y no se permite acceder a ella. –Informó un soldado-.

- Somos de canal 3 de noticias. Tenemos derecho de estar aquí.

- Sí señora. Tiene usted razón; tienen derecho de estar aquí, pero no de seguir más adelante. Como ya le he mencionado, aparquen a su derecha...

- Vale, vale; lo he entendido.

- Que tenga usted un buen día. –Terminó el soldado y recibió al siguiente coche de periodistas-.

Todas las poblaciones que se encontraban dentro del perímetro de cincuenta kilómetros habían sido evacuadas. Los habitantes reubicados, los turistas desalojados, los periodistas acallados, los mercaderes apartados y los curiosos que no seguían las instrucciones... arrestados. Ni los perros tenían permiso de circular libremente. Las orillas del lago Titicaca de esa localidad se habían transformado en el punto de mira de todos los gobiernos y de todos los científicos del mundo, aunque ninguno de ellos tenía permiso para contar nada de lo que fueron informados. Alto secreto. Traición a la humanidad. Esas eran las frases que destacaban al inicio del informe que recibieron cuando las primeras imágenes por satélite fueron analizadas, corroboradas y contrastadas; “Imposible” y “Esto es una broma” fue lo primero que pensaron todos al verlas.

El ejército de Bolivia y Perú coordinaba conjuntamente todas las operaciones y supervisaba a todos los científicos provenientes de los lugares más comunes y de los rincones más recónditos de nuestro planeta. Físicos, químicos, teólogos, historiadores, matemáticos, informáticos, biólogos, exobiólogos, endobiólogos, detodobiólogos y



cualquier otra clase de erudito, genio, sabelotodo, charlatán, chalado y obseso de las grandes conspiraciones, que pudiera ser considerado relevante para estudiar y explicar el suceso. Por lo visto, incluso una teoría descabellada resultaría coherente y verosímil con tal de al menos disponer de una.

- Decidme lo que sea... ¡lo que sea! –Pedía Alfredo Benítez-.

Él fue uno de los primeros en llegar al lugar, y uno de los primeros en levantar las manos a modo de impotencia. Pelo negro con raya clásica a la izquierda, ojos marrones algo achinados, 1,80 de altura, delgado y delicado; nada robusto. Su acaramelada piel no era causada por una larga exposición al sol, sino que se debía a su herencia genética. Regalo de su abuela. A sus cuarenta y tres años ya había ganado el premio Nobel de física, y era considerado como una de las mayores cabezas pensantes de nuestros tiempos, pero eso no le impidió soltar la frase con la que bromearían los soldados durante el despliegue inicial. “Un agujero de culo en pompa en medio del agua”. Una frase nada brillante y muy poco apropiada para permanecer en los libros de historia, pero así fue.

Mientras Alfredo sobrevolaba el suceso junto al presidente boliviano, un general peruano y un embajador italiano que debía informar al resto de embajadas, los soldados montaban mesas plegables, laboratorios portátiles, equipos de radio y telecomunicaciones “De quita y pon”, material de rastreo, baterías de misiles defensivos y tiendas de campaña de todas las formas y colores. Las rojas para el personal médico, las blancas para los militares, las verdes para los equipos de rescate, las azules para los científicos e investigadores, y las más grandes con color a remaches y manchas de grasa seca junto a tomate triturado, eran las cocinas y los comedores que debían estar preparadas para alimentar a las más de dos mil personas que acudieron al lugar; y que sin lugar a dudas, al final del día se sumarían muchas más.

- El satélite nos transmite nuevos datos. Estad atentos. –Dijo Marián, la jefa de comunicaciones-.

Alfredo estudió los nuevos informes con detenimiento y parecía estar satisfecho.

- ¿No ha cambiado de tamaño? –Preguntó-.

- Ni siquiera un milímetro. –Contestó Marián-.

- Supongo que eso es algo bueno.

Los que se encontraban en la tienda con él, tampoco sabían cómo reaccionar. El enorme cilindro de ciento dos metros de diámetro y veintisiete metros de profundidad, permanecía inalterado desde el día que la pareja lo descubrió sin querer. Las paredes estaban hechas de agua, los bordes... de agua también, y la simétrica perfección que la caracterizaba, con el agua nada tenía que ver. Era exactamente tal y como lo describió el piloto del helicóptero cuando lo sobrevoló por primera vez. “Un agujero en el agua”. Perfecto, pero no dejaba de ser exactamente eso.

#### IV

Las paredes, semejantes a un cristal líquido, eran como una inmensa ventana que revelaba esa pequeña parte del enorme fondo subacuático. Emocionante. El lago Titicaca, situado a más de 3800 metros de altura, es el lago navegable más alto del mundo y con infinidad de misterios escondidos en sus profundidades. Las aves rondaban el suceso, los peces se acercaban a él, y la flora que se expandía por el fondo, aún flotaba en su interior a pesar de carecer del agua necesaria para ello.

- ¿Veis cómo se mueven las algas? –Preguntó Alfredo-.

- Sí señor. –Contestó uno de los pilotos del Seahawk de fabricación norteamericana-.

- ¿Y cómo os lo explicáis?

- No lo sabemos señor. Para eso se encuentra usted aquí ¿verdad?

- Cierto, pero ahora mismo incluso el disparate más inverosímil me sirve como respuesta.

- Entonces los culpables son los norcoreanos. –Contestó el otro piloto-.

- ¿Por qué crees eso? –Preguntó Alfredo sorprendido e intrigado-.

- Por nada en especial. Sólo es una respuesta disparatada; eso es todo. Aunque para serle sincero señor, si los norcoreanos pudieran hacer algo así seguramente ya lo estarían pregonando a los cuatro vientos.

- Lo de los norcoreanos me parece una estupidez.

- Lo siento señor.

- No, no. Por favor, no quiero que me malinterpretes. Simplemente no creo que ellos posean este tipo de tecnología, pero puede que otros países sí.

- ¿Quiere decir que se trata de una nueva arma?

- ¿Por qué no? –Contestó Alfredo y levantó los hombros-.

- Señor. –Dijo el primer piloto-.
- ¿Sí?
- No pretendo ofenderle.
- Continua.
- Es sólo que...
- Se franco, por favor. –Insistió-.
- Permiso para hablar con franqueza.
- Yo no soy militar así que se todo lo franco que quieras.
- Para que iban a inventar una arma que hace agujeros en el agua.
- ...
- Quiero decir... un agujero en el agua no es que dé mucho miedo. –Continuó-.
- No es el agujero lo que me preocupa, sino el cómo consiguen crearlo y el  
porqué.
- Pues comencemos con las pruebas. –Dijo el otro piloto-.
- Tienes razón, vamos allá.

- ¿Qué es ese temblor?

El aparato se movía hacia todas partes, y a pesar de permanecer en el aire, daba la sensación que muy pronto se desmoronaría. Los tornillos no se salían gracias a las soldaduras, el motor aguantaba gracias al blindaje que lo envolvía, y los mandos permanecían en su sitio por arte de magia.

- ¡Agárrese con fuerza señor! –Indicó el piloto de la derecha-.

- ¡Ya está, vamos a morir! –Exclamó-.

En ese momento dejó de pensar en el material que había traído para examinar el suceso y se estiró con fuerza hacia atrás. Los brazos, tensos como cables de acero, las piernas inflexibles como barras metálicas, el abdomen duro como una piedra, y el vómito casi le asomaba por la boca.

- Nadie va a morir señor. Sólo son unos aviones de suministros que están lanzando paracaídas. Nada más.

- ¿Nada más? Si parece que pasan sobre nuestras cabezas. –Dijo Alfredo asustado-.

- Es que están pasando por encima de nuestras cabezas. –Aclaró el piloto de la izquierda-.

- ¿Es eso normal?

Ambos pilotos se miraron y se giraron hacia atrás.

- Claro que no. –Continuó el mismo piloto-. De todas formas ¿qué es lo normal ahora mismo?

Alfredo comprendió la ironía y se fijó de nuevo en lo que pasaba bajo sus pies. En cuestión de segundos recobró la compostura y el tembleque ya no le resultaba ni molesto, ni extraño. Simplemente era un temblor que pronto pasaría, además, nada más

ver a la ingente cantidad de paracaídas que se desplegaban frente a sus ojos, se quedó tan anonadado que ya no era capaz de distinguir de entre lo real, de entre lo ficticio, y de entre lo descomunadamente extraordinario. *Que lluvia más extraña.* –Pensó-. Y al cerrar los ojos se acordó de aquel día que, junto a su hermano mayor, cortaron todas las cuerdas de la ropa tendida en el viejo callejón donde vivían, y de pronto todas las prendas de todos los colores cayeron lentamente sobre las frías baldosas. Entonces pensó en el mar, y ahora se acordó de la lluvia.

- Te echo de menos hermano. –Susurró para sí-.

- ¿Cómo dice señor?

- Nada, nada. Todo va bien.

El helicóptero dejó de temblar, y todo volvió a su inusual normalidad; Alfredo recogió una pequeña caja metálica que se le había caído y se la puso sobre sus rodillas.

- ¿Podemos acercarnos un poco más? –Preguntó-.

- Lo intentaré señor. –Contestó el piloto de la izquierda-.

Abrió la puerta lateral y se sujetó para no caerse.

- Veamos si consigo grabar algún detalle que se me esté escapando.

Con el zoom, se acercó al bordillo del suceso.

- ¡Increíble! –Exclamó-. Es perfecto; sencillamente perfecto. Como si estuviera hecho con una máquina de precisión milimétrica.

Continuó grabando...

- ¿Podemos acercarnos un poco más?

- Es complicado señor.

- ¿Cómo de complicado?

- Muuuuy complicado señor. No sabemos cómo reaccionará el helicóptero cerca de esa cosa.

-...

- Aunque podemos intentarlo. –Añadió el piloto de la derecha-.

- Intentémoslo pues. –Dijo Alfredo-.

Los pilotos revisaron los indicadores y calcularon la trayectoria junto con las variaciones. *Si es una burbuja de aire mejor acercarnos por aquí.* –Dijo uno-. *Pero si no lo es, puede que la densidad del aire cambie y es mejor que nos acerquemos por el otro lado; justamente aquí.* –Dijo el otro-. Asintieron, lo echaron a suertes, se dirigieron al centro del suceso y comenzaron a descender lentamente.

- Una deducción muy científica. –Comentó Alfredo-.

Los pilotos se rieron y siguieron con lo suyo.

- Usted quiere arriesgarse y eso significa tentar a la suerte.

Nada más decir eso, el helicóptero se balanceó y perdieron el control. Un horrible, monótono y periódico pitido retumbó por toda la cabina. Alfredo sintió como el tiempo se paralizó y se le congeló la sangre. La cámara se le escapó de las manos y se precipitó hacia el suceso.

- ¡Ahhhhhhh! –Gritó Alfredo-.

Los pilotos agarraban los mandos con fuerza e intentaban recuperar el control. *Casi lo tengo.* –Dijo el de la derecha-. Eran unos profesionales con mucha experiencia.

- Bien... -Dijo el de la izquierda-.

- Sois muy buenos chicos ¿os lo habían dicho alguna vez? –Comentó Alfredo resoplando-.

- Somos los mejores, señor, de lo contrario no estaríamos aquí.

Con gran maestría, elevaron el aparato y lo alejaron unos metros de la superficie del suceso.

- Un segundo. ¿Qué esa cosa de ahí? –Indicó el piloto de la izquierda-.

La cámara de Alfredo, que se le había caído unos minutos antes, estaba suspendida en el vacío como si estuviera sujeto por una fuerza mágica o un campo electromagnético. Poderoso e invisible.

- ¿Podemos acercarnos un poco más? –Preguntó Alfredo-.

- ¡No señor! –Contestaron ambos pilotos al unísono-.

- Claro, claro. Siento habérselo pedido.

- Regresamos a base. –Informó el piloto de la derecha-.

Y su compañero asintió con la cabeza.

- Por supuesto caballeros. Ya hemos cosechado suficientes rompecabezas.



## VI

La noche, oscura y desafiante, había encogido los corazones y las mentes de los científicos, los militares, los políticos, los cocineros, e incluso de los que aún no tenían ni idea de lo que pasaba. *Ignorancia bendita*. –Pensaba Alfredo mientras repasaba sus apuntes y los comentaba con sus colegas-. Las hojas escritas a bolígrafo azul, repasadas con rojo, repintadas con lápiz, subrayadas con rotulador amarillo fosforito y arrugadas como trapos viejos, volteaban la mesa de plástico y pasaban de mano en mano sin parar. Unos se rascaban las perillas, otras se rascaban la nariz, los más cochinos los sobacos, y las más despistadas se mordían las uñas. *Una jaula de orangutanes, eso es lo que somos ahora mismo*. –Pensó Marián-. Lo cierto es que su comportamiento se asemejaba bastante a un primate intentando descubrir la función de una piedra. Básica, pero misteriosa.

- ¿Qué es esa cosa entonces? –Preguntó Alfredo desafiante-.

Nadie se atrevió a contestar. Nadie se atrevía a suponer o a conjeturar. Nadie quería despuntarse y tragarse el marrón de un colosal error. El gas de las lámparas que iluminaban los alrededores se desgastaba lentamente sin que nadie notase su incesante parpadeo cuando una tras otra se apagaban. Los pensamientos eran profundos, la intriga aún mayor; el desconcierto creciente y el miedo, que les atravesaba el cuerpo como agujas quemadas, auscultaba sus conciencias hasta transformar cualquier forma de pensamiento en pesadillas.

- Debemos marcharnos de aquí. –Musitó uno de los científicos-.

Silencio por todas partes...

- Todo aquel que quiera marcharse es libre de hacerlo. –Reaccionó Alfredo-.

Pero que dé la cara, de lo contrario será mejor que se calle.

Marián le cogió del hombro y le susurró al oído.

- Tranquilízate. Es normal que tengan miedo.

Alfredo cerró los ojos y se apoyó sobre la mesa con los dos brazos, dejando caer su peso hacia adelante para estirar sus músculos y así quizás relajarse.

- Lo lamento. –Añadió-. Entiendo como os sentís; incluso sé que algunos prefieren estar con sus familias en vez de aquí. Y no les culpo por ello. Lo que he dicho antes va en serio y nadie será tildado de cobarde si decide marcharse; pero debéis tener en cuenta que ahora mismo toda ayuda es poca. Eso es todo... podéis retiraros a vuestras tiendas y quien no se presente mañana, sencillamente se le echará de menos.

Los científicos recogieron sus papeles y salieron avergonzados, los militares observaban impotentes, y Marián permaneció al lado de Alfredo.

- ¿Te encuentras bien?

- Sí, no te preocupes. Si exceptuamos que casi me estrello en ese agujero y que me he manchado los calzoncillos; por lo demás me encuentro bien.

- ¿Y estarías dispuesto a venir conmigo y visitar a alguien? –Dijo con tono misterioso Marián-.

- Me alagas pero...

- No, en serio. Conozco a alguien que tiene una teoría sobre el suceso. Es disparatada, pero al menos es una teoría.

- Cualquier cosa me vale. –Contestó Alfredo-.

- Pues acompáñame.

## VII

Cuatro fogatas rodeaban una cabaña hecha de leña seca, arcilla petrificada y rastrojos de paja fresca; decorada con huesos de aves, pieles de lagarto y tarros con insectos muertos.

- ¿Qué es este lugar? –Preguntó Alfredo-.

- Ssssss. No hables y espérame aquí.

Marián entró en la cabaña y permaneció dentro unos cuantos minutos aunque para Alfredo la espera se le hizo larga y pesada.

- Ha accedido a verte.

- ¿Un chamán?

-...

- ¿Bromeas?

Marián encogió la mirada y se enfadó.

- Me dijiste que...

- Perdona, tienes razón. Es que estoy muy cansado y no he podido evitar actuar como un imbécil. ¿Entramos?

- ¡No! Esperaremos a que esté listo y saldrá a contarte lo que sabe.

- De acuerdo. –Contestó él-.

Las fogatas avivaban la confusión de la noche y se convertían en una poción de desconcierto y magia. La oscura y larga cabellera de Marián rozaba el borde de sus glúteos y se removía como seda expuesta al aire libre. Suave y delicada. Por costumbre, buena o mala, se mordía con asiduidad sus carnosos labios color cereza que escondían el sabor a deseo, y la textura de la efusión. Sus movimientos, gráciles; sus gestos, sensuales; su mirada, fulminante.

- ¿Te encuentras bien? –Preguntó ella-.

- Por supuesto. Sólo estoy un poco cansado, esos es todo.

Ella sonrió y se dirigió hacia la entrada de la cabaña. Sabía que Alfredo la miraba con lujuria, y le gustaba, pero no era momento para esa clase de cosas.

- Buenas noches. –Dijo el chamán-.

En su semblante se reflejaba el claro transcurso del tiempo. Sus arrugas eran testigos de las aguas de la vida que surcan por ellas, abriéndolas, endureciéndolas, y marcando el carácter de la sabiduría y el sufrimiento. *Los años no perdonan.* –Pensó Alfredo-. Sin lugar a dudas, el chamán debía de sufrir la enfermedad de Parkinson. Sus manos temblaban, sus piernas... también, y su fino cuello que apenas podía sostener su delgada y redondeada cabeza, se mantenía recta con gran dificultad.

- Buenas noches señor. –Contestó Alfredo-.

- Debemos sentarnos en la tercera fogata. La de las verdades olvidadas. –Dijo el chamán-.

Zarandeo un puñado de huesos de perro que tenía colgados en su cintura a modo de collar de cuentas mágico, y acarició las ya desgastadas plumas que adornaban su viejo bastón.

- El comienzo de los tiempos se originó en el fondo del lago Titicaca. –Afirmó el chamán-.

## VIII

*Cuando el hombre fue creado, y el mundo estaba aún incompleto; los dioses decidieron que ya había llegado el momento de darle un hogar. De entre los fuegos que rezumaban de la tierra, y el agua que circulaba por la atmosfera a modo de vapor y lluvia acida; nacieron las montañas, surgieron los mares, y los ríos lagrimaron por la arena y la roca, fundiéndolas para transformarlas en pastos, laderas y colinas. Un paraíso. Los arboles brotaron y crecieron casi al instante, las flores rodearon los ríos y cubrieron parte de la tierra; las aves nacieron y esparcieron sus plumas y sus canticos, y las bestias, unas mansas y otras salvajes, dieron sus primeros pasos por la vasta creación. Y ahí, entre todo ese mejunje divino, la mujer tomó la mano del hombre y juntos descendieron por una suave cortina de humedad y aspereza, hasta que llegaron al lugar reservado para ellos. Los dioses, complacidos y orgullosos de su hermoso regalo, alargaron sus manos entre los mortales por última vez, y se elevaron hasta lo más alto de las montañas, donde encendieron las llamas divinas y donde permanecieron para observar lo que habían creado y para deleitarse con las hazañas del hombre.*

*La vida dio lugar a más vida, y la muerte se mantuvo alejada de aquel lugar. Los primeros moradores del paraíso se deleitaban con los frutos obtenidos y disfrutaban con las maravillosas vistas, poco a poco, levantaron templos para honrar a los dioses y ellos se sintieron tan complacidos que les regalaron las nubes para hacerles sombras; los hombres construyeron calzadas para acceder a los templos con más facilidad, y los dioses disfrutaron y les regalaron las estrellas para iluminarles la noche; entonces los hombres diseñaron casas, fuentes, parques y edificios públicos, y cuando los acabaron, los dioses se enorgullecieron y les regalaron el poder de elegir. Los dignos... los iluminados.*

*Los hombres recibieron el último regalo y no supieron que hacer con él. Lo dejaron en un pedestal y siguieron construyendo maravillas y glorificando a sus dioses. No existía la maldad, no envidiaban a su prójimo, no deseaban enfrentarse a los dioses, porque les amaban.*

*El tiempo transcurría y el regalo divino brillaba en su altar para que todo el mundo pudiera verlo. Unos lo tocaban, otros le hablaban, los sacerdotes lo veneraban y los filósofos lo consultaban, pero el libre albedrío no era algo que ellos deseaban poseer, porque ya eran felices y disponían de todo lo que querían.*

*Las montañas protegían el valle del paraíso, las llamas de los fuegos de los dioses lo mantenían cálido y fértil, e incluso las bestias más salvajes paseaban entre las más mansas sin causar daño alguno. Año tras año, la gente se congregaba alrededor del regalo, mientras disfrutaban del luminoso manto de estrellas que se extendía sobre sus cabezas. Y fue entonces, cuando todos los jóvenes se hicieron viejos y murieron; y otros jóvenes ocuparon su lugar y ya eran viejos también, cuando uno se acercó y se preguntó. **¿Para qué sirve el poder de escoger?***

*Aparentemente todo seguía su curso; los ríos fluían con suavidad, las nubes acariciaban los cuellos de los que se tendían bajo el sol; las llamas, los caballos, las ovejas y los pavos se alimentaban de la hierba, y el hombre disfrutaba de cada momento. Pero la pregunta se repitió en el vacío de las cuevas del desconcierto, hasta que llegó a los oídos del demonio.*

*Y todo seguía igual que antes... aparentemente.*

## IX

*El demonio escaló las paredes del infierno y se acercó al hombre con dulzura y desparpajo, y le hizo gracias y él le tomó cariño. Las mentiras del mal supremo acariciaban los oídos de los padres y excitaban los ojos de las madres, engañaban la voluntad de los hijos y quebraban la firmeza de las hijas. Pronto se hizo el silencio.*

*Engañados, timados y motivados por el demonio, los hombres miraron hacia el cielo con recelo, deseosos de vivir en él. Todos se acercaron al pedestal del regalo y todos comieron una pizca, hasta que no quedó nada; y la maravillosa genialidad se transformó en avaricia, la visión de futuro en gula, la admiración de la belleza en lujuria, y el compartir del saber... en soberbia. Habían sido maldecidos.*

*Furiosos por no poder vivir donde creían que les correspondía, forjaron armas irrompibles, construyeron escudos de huesos de bestias aniquiladas, y armaduras de pieles de colores adornadas con plumas de todo aquello que mataban. Los guerreros ya estaban listos. Alzaron la mirada y creyeron que los dioses pronto serían destruidos. Gritaron como posesos, alzaron sus armas, golpearon la tierra con sus pies y, encolerizados, corrieron hacia las montañas para dar comienzo a la batalla y así conquistar el fuego del cielo. Desafiaron a sus creadores, y ya no había marcha atrás.*

*Los dioses no daban crédito a sus ojos, y el demonio se frotaba las manos, complacido. El hombre hincaba sus uñas en la dura roca para poder escalar, pero se rompían; clavaba su espada en la montaña, pero el único que sangraba era él; investía a los dioses con todas sus fuerzas, pero era como luchar contra el agua. Inútil.*

*De los alrededores una fiera olisqueó la desgracia y obedeció la voluntad de los dioses. Los pumas guardianes, recubiertos con un pelaje de lava sólida y púas de dientes de aligátor, se plantaron frente al hombre y lo miraron con desprecio. Ellos habían sido bendecidos con la gracia de los creadores y lo habían echado todo a*

*perder. De sus ojos caían lágrimas de sangre que enturbian sus pupilas y sus garras estaban empapadas de un jugo viscoso hecho de mangos podridos y resina seca, que servía para envenenar las almas cosechadas y así mandarlas al infierno sin juicio alguno. Los habían condenado.*

*La batalla era feroz y sangrienta, las víctimas se contaban por miles; la sangre cubrió los ríos, apestó las llanuras y ahogó el valle. Los pumas no tomaban prisioneros. Se lanzaban como saetas sobre el cuello de sus enemigos y les yugulaban al instante, mordían su carne y rebuscaban en sus entrañas para que ni una pizca de su alma se pudiera escapar; se relamían con su victoria y con los restos de los muertos. Los dioses ya estaban a salvo pero aún quedaban hombres por destruir. No querían arriesgarse a que volviera a suceder algo parecido, y mandaron a su ejército de pumas a acabar con toda la humanidad.*

*Entonces, el dios Viracocha que hasta ese momento estaba durmiendo, de repente despertó, y entonces vio todo lo que había sucedido y sintió pena por el hombre. Comenzó a llorar desconsolado y sus lágrimas caían sobre el paraíso creado. Y se convirtieron en riachuelos, y después en ríos, para finalmente cubrirlo todo y así liberar al hombre de su castigo ofreciéndole una muerte mucho más dulce que la de ser devorado. También ahogó a los pumas que habían destruido todo lo que él había amado. Aunque... cuando los demás dioses se cansaron del espectáculo y ya no se sentían amenazados, lanzó un tronco grande y plano y rescató a una mujer, y a un hombre; les guió hasta la orilla del lago sagrado y les mostró un camino que conducía lejos de la tierra prometida, y lejos de la recelosa mirada de los otros dioses.*

*Un nuevo comienzo, una nueva vida, un nuevo despertar de la humanidad... lejos del recuerdo de un Edén muerto.*



## X

- ...Y así fue como todo comenzó. El secreto de los inicios descansa en el fondo del lago Titicaca, aunque por alguna razón, algo lo acaba de despertar. –Terminó el chamán-.

Alfredo parpadeó unas cuantas veces seguidas y decidió que no iba a comentar esa afirmación. Decoró su escéptico rostro con una amable sonrisa, estrechó la mano del chamán, miró a Marián y se dio media vuelta.

- Es hora de volver al campamento. –Dijo-.

- Sé que lo que acabo de contarte suena a locura. –Continuó el chamán-. Pero si nos hubiéramos conocido en circunstancias distintas no reaccionarias de esta forma.

Alfredo se giró de nuevo.

- ¿A qué te refieres?

- Cuando impartía clases de historia, física y teología en la universidad de La Paz, todo el mundo deseaba estrecharme la mano y se sentía intimidado por mis títulos y los premios cosechados.

- ¿Eres profesor?

- Sí.

- ¿Y todo este teatro? –Dijo Alfredo desconcertado-. ¿No sería más fácil si te hubieras acercado al campamento y te hubieras unido a nosotros?

- Hace tiempo que escogí mi camino, al igual que tú escogiste el tuyo. Que haya decidido vivir acorde con las tradiciones de mis antepasados y venerar nuestros orígenes, no significa que me haya vuelto loco.

- Vives en una choza.

- ¿Quién es el ingenuo ahora?

-...

- Yo medito y conecto con mis antepasados aquí. Me visto como lo hacían ellos e intento comportarme como tal, pero vivo en mi casa con mi familia y visto como el resto de los mortales. No me consideran una eminencia en mi campo de estudio, por no experimentar apasionadamente.

- Lo siento mucho profesor. Yo...

- No importa. –Le interrumpió-. Ahora debes encontrar la solución al problema que... “flota” de una manera incomprensible en el lago.

- Entonces de verdad cree que Dios o los dioses tienen algo que ver con el suceso.

- Yo sólo sé que una misteriosa civilización desapareció en el fondo de esas aguas hace muchos años, y aún no hemos sido capaces de entender el cómo y el porqué. Existen fuerzas que no podemos explicar, al igual que en algunos lugares las leyes de la física no tienen ningún sentido.

- Entiendo.

- Un lago por encima del nivel del mar. ¿Suena ridículo verdad? –Se rió el erudito chamán-. Pero es cierto, y ese suceso debe de tener una explicación lógica, aunque no lo sea para nuestro entendimiento.

- ¿Algo no humano? –Preguntó Alfredo-.

- Yo sólo digo que tengas la mente abierta; eso es todo.

## XI

*De vuelta al campamento...*

- No me has dirigido la palabra en todo el camino. –Dijo Marián-.
- Podías haber mencionado que se trataba de un científico y no de un charlatán.

Me hubiera comportado de otra forma.

- ¿Más adulatora?
- Más apropiada.
- La finalidad de este ejercicio era la de abrirte la mente y enseñarte que incluso

lo que parece absurdo puede albergar algo de realidad.

Alfredo agachó la cabeza.

- Y por lo visto funcionó. –Añadió Marián-.
- Bien, lo entiendo. ¿Ahora qué hacemos?
- Vayámonos a descansar y mañana estudiaremos las distintas perspectivas.
- Me parece una idea estupenda. –Afirmó Alfredo y se fue a su tienda, pero no antes de besar a Marián en la mejilla-.

\*

- Mirad este juguete. –Dijo Sergio-. Ya no hará falta jugarnos la vida en los helicópteros.

Sergio se ocupaba de todos los asuntos técnicos y estudiaba las fuerzas geológicas que serían capaces de provocar el suceso. *Ninguna*. Esa fue la primera fuerza que le vino a la cabeza cuando lo vislumbró por primera vez. Al ver el nuevo robot volador, G4587DOS, o como él lo apodó “Dédalos” en honor al aprendiz a piloto que se estrelló durante su vuelo inaugural, sintió que ahora conseguirían algo más de información sin tener que arriesgar el pellejo.

Tres hélices sobre un cabezal giratorio que parecían como margaritas encima de una bola de níquel, servían para estabilizar el robot mientras vuela sobre cualquier cosa, en cualquier dirección, y de cualquier tamaño. Las cuatro patas inferiores, no sólo eran para aterrizar, sino que también albergaban cuatro diminutas cámaras que se manejaban con la ayuda de un control remoto independiente. *Con este chisme aprenderemos algo más.* –Afirmó Sergio y el resto del equipo asintió–.

- Veamos lo que puede hacer. –Dijo Alfredo–.

El operador, un joven friki de las fuerzas aéreas, se embutió en un traje de látex de color marrón, rodeado por cables, cablecitos y antenas. Le cubrieron la cabeza con un casco que más bien parecía una pecera redonda con nervios de fibra óptica, y cuando la encendieron, seis pantallas virtuales aparecieron frente a él. Dos ojos en la esfera principal, uno con infrarrojos y otro con sensor de movimiento extrasensorial, retransmitían las imágenes que aparecían en el centro mientras lo que se registraba en el resto de cámaras se veía por los lados.

- Estoy listo señor. –Dijo el friki–.

Alfredo le miró con asombro y mantuvo la compostura para no reírse. Estiró el cuello hacia atrás, como un gallo cuando está a punto de cacarear, y con tono serio y conciso se dirigió al muchacho.

- ¡Adelante!

El aparato despegó como una bala que se la llevaba el demonio y un zumbido ensordeció a los presentes. *Suena como si hubiéramos soltado un millón de abejas de golpe y porrazo.* –Dijo Marián–. Menos mal que con gran rapidez y precisión el ingenioso artefacto se dirigió al lugar donde se le había caído la cámara a Alfredo y que, misteriosamente, aún permanecía suspendida en el aire.

## XII

- Hacia abajo... un poco más... hacia abajo... con muchísimo cuidado. –  
Indicaba Sergio al friki-. A ver si consigues cogerla.

- El G4587DOS no está diseñado para el rescate de objetos señor. –Dijo él un poco molesto-.

- Llámalo DEDALOS, y por intentarlo no pierdes nada.

- Señor, yo...

- ¡Que lo intentes!

El operador maniobró con destreza moviendo su cuerpo igual que una culebra que trepa por un árbol, y consiguió enganchar la cámara.

- ¿Has visto que no era tan difícil? –Dijo Sergio contento-.

- Espero poder traerla de vuelta. –Contestó el friki-.

Al girar el DEDALOS, se tambaleó un poco y la cámara volvió a precipitarse al vacío hasta que de nuevo chocó con esa fuerza invisible que recubría el suceso como un papel film.

- Ahhhhh. No importa. Inténtalo de nuevo. –Dijo Alfredo-.

De repente, mientras el DEDALOS volvía a acercarse, la cámara empezó a hundirse en la nada y en cuestión de segundos aceleró de una manera increíble y se estrelló contra el suelo, casi a velocidad del sonido. Entonces se hizo añicos. Los trozos de plástico, metal y demás componentes permanecieron inmóviles durante una ínfima fracción de tiempo y se dispararon como balas de ametralladora hacia todas partes.

- ¡Ohhhhh noooooo! –Gritó el friki-.

Se giró hacia la derecha, se movió hacia abajo, saltó, contoneó su casi esquelética figura, blandió los brazos hacia todas direcciones, y así consiguió evitar los inesperados proyectiles.

- ¡Muy bien! –Dijeron todos al unísono-.

Cuando vieron que el DEDALOS permanecía intacto, el oficial responsable de la operación felicitó a su soldado, los científicos aplaudieron, Marián y Sergio se reían, pero Alfredo miraba al friki sin parpadear.

- No se preocupe señor. Enseguida situare el aparato donde usted quiera y comenzará el estudio del suceso.

- No te muevas. –Dijo Alfredo-.

- ¿Cómo dice señor?

- Tttttsssssssssss. He dicho que no te muevas.

Nadie se había dado cuenta, excepto él, que en la pantalla inferior izquierda se veía algo tremendamente extraño. Un pez se arrimaba al borde de la cortada agua y asomaba el morro traspasando la invisible barrera que les separaba. La líquida pared no se desmoronaba, no cambiaba su forma ni se alteraba su composición; era igual que si la atravesases a lo vertical, pero en este caso era a lo horizontal. Las leyes de la física habían desaparecido por completo.

- Fijaos. –Dijo Marián-.

Tras varios intentos y otros tantos tanteos, el pez decidió lanzarse fuera del agua.

- ¡Oooooohhhhhh!

No se cayó, ni se alteró su trayectoria; simplemente seguía nadando, pero en el vacío hasta que notó que sus branquias se secaban y decidió dar media vuelta y regresar a su húmedo elemento, para aletear con fuerza y desaparecer en la profundidad del lago.

### XIII

- No insistas. Voy a bajar estés de acuerdo o no.

- Sin duda te has vuelto loco. –Insistió Marián-.

Alfredo calzó unas botas de goma para no mojarse los pies, unos guantes de látex aislantes para poder recoger muestras, unos pantalones a juego para no desentonar, y un chaleco antibalas de última generación... por si acaso.

- Por favor; si crees que porque estés ahí de pie, mirándome de esa manera y moviendo las manos con nerviosismo, me vas a obligar a cambiar de opinión, estás muy equivocada.

De milagro no se oían los dientes de Marián chirriando del cabreo que llevaba encima.

- Piensa en lo que haces ¿no sabemos nada de esa maldita cosa?

- ¿Maldita, o bendita? –Interrumpió Alfredo-. Si al pez no le pasó nada, a mí tampoco me debe pasar.

- ¿Quién lo dice?

- No sigas más. Ya he tomado mi decisión.

- Seguro que no encontraras a otro loco para que te lleve. –Dijo Marián-.

- Tienes razón. He encontrado a dos.

Los pilotos del Seahawk se presentaron de inmediato como voluntarios para la peligrosa misión. Y si no se hubieran presentado les habrían obligado a hacerlo; eran los únicos con la experiencia necesaria para sobrevolar el suceso con la suficiente maestría, como para no matarse.

- ¿No vamos señor? –Dijo uno de los pilotos-.

- Sólo denme un minuto.

Alfredo agarró con fuerza a Marián y le miró a los ojos. Sus pupilas se dilataron tanto, que parecían que iban a explotar y a fundirse con las de ella. Sin ni siquiera parpadear, se relamió los labios y se sonrojó; ella percibió la intensidad del momento y abrió la boca con suavidad. Alfredo pasó su mano por su cuello, acariciándola; acercó su rostro al de ella, exhalando con intensidad; y sin pensárselo dos veces, la besó apasionadamente. Marián había esperado ese momento desde hacía ya muchos años, pero la distancia profesional y la cordura académica se lo habían impedido... hasta ese momento.

- ¿Por qué cedemos a nuestros deseos cuando pensamos que vamos a morir? – Preguntó ella al final del beso-.

- No voy a morir. –Afirmó él-.

Marián sonrió falsamente y le soltó la mano a regañadientes. *Adiós amor mío.* – Pensó ella-. *Volveré.* –Pensó él-. Pero ninguno era capaz de pronunciar una sola palabra.



#### XIV

- Un pequeño paso para el hombre. –Empezó a citar Alfredo-.

- Un gran castañazo para usted. –Continuó el piloto de la derecha-. Eso es lo que pasará si no tiene cuidado.

- Ahora métase en la cesta de seguridad para que podamos bajarle. –Dijo el piloto de la izquierda-.

- ¿Me vais a bajar en una cesta?

- De seguridad. –Añadió uno-.

- Y despacito. –Complementó el otro-.

- Yo creo que es mejor...

- Señor, si quiere bajar ahí abajo esta es la única manera. Si nosotros nos arriesgamos para traerle hasta aquí, creo que usted también debe de poner de su parte.

- Tenéis razón. –Contestó Alfredo-.

Sus pies temblaban como los muelles de un sillón sobrecargado, sus brazos flaqueaban y la cabeza le pesaba. Agarró con fuerza el cable que sujetaba la cesta de aluminio de rejilla fina, e intentando no caerse, se metió dentro. *Me parezco a un bebe grande dentro de una cuna pequeña; y fea.* –Susurró-. Los pilotos intentaron acercarse un poco más al suceso pero el helicóptero comenzó a balancearse. Alfredo se sujetó con fuerza y se estiró todo lo que pudo dentro de la cesta para sentir como su cuerpo se adhería a ella. *Que no me caiga, que no me caiga.* –Decía sin parar-. En las paredes del aparato había cuatro botiquines, uno en cada esquina; él los miró con detenimiento y se preguntó por qué había tantos. *Únicamente puede significar una cosa; aquí se lisa más de uno.* –Dijo en voz baja-.

- ¿Cómo dice señor? –Preguntó el piloto de la derecha-.

- No he dicho nada... cosas mías.

- Entonces agárrese. –Continuó el piloto-.

El ruido del motor se mezclaba con el miedo que la situación le infundía; su sangre circulaba a gran velocidad y sus pensamientos se estancaban frente a sus ojos y se transformaban en diversas y variopintas imágenes. En realidad, inconscientemente, calculaba las probabilidades de éxito, pero los resultados no eran de su agrado.

- ¡¿Cómo dices!?! No he oído lo que me has dicho.

- ¡Agárrese bien señor!

Casi por instinto que cualquier otra cosa, Alfredo se agarró a las asas de la cesta. Esta se estremeció con fuerza. El brazo robótico del Seahawk le levantó como una pluma y lo situó por encima del suceso; suspendido sobre la nada. *Que el agujero aguante.* –Dijo en voz alta como si fuese un rezo-. Y nada más decirlo se dio cuenta de lo ridículo que esa frase había sonado.

## XV

La bajada era lenta y cautelosa; el tenso cable sonaba a violín roto y a guitarra desafinada; la cesta, que era lo único que le ataba a la realidad, se tambaleaba violentamente y la fina e invisible frontera que separaba el mundo conocido del desconocido, reposaba bajo su trasero.

- ¿Está listo señor? –Dijo un piloto por radio-.

- Sí.

No había preparado un discurso bonito y trascendental. Ese “sí” era todo lo que tenía que decir, ya que ni su encogido corazón, ni sus tripas revueltas, habían sido entrenados para afrontar este tipo de acontecimientos.

La pared de agua emulaba el efecto pecera. A través de ella podía ver como el universo subacuático seguía el curso de la vida como si nada estuviese ocurriendo. Los peces nadaban plácidamente entre algas de ramos verdes, largos y flexibles, que se contoneaban a la par que las remolonas corrientes del fondo. El pez grande se comía al más pequeño; los más pequeños se acurrucaban bajo la flora y a su vez se alimentaban de criaturas más pequeñas; cangrejos de agua dulce, larvas y piojos blandos y acuosos, plantas muertas y ramas podridas de la superficie. Las rocas, cubiertas por finas capas de musgo y lógamo, que a veces se disolvía solo y otras no, destacaban entre todo lo demás. Inmóviles en la movilidad.

- Estoy a punto de tocar suelo. –Informo por radio-.

Poco antes de colocarse en posición para bajarse de la cesta, esta comenzó a temblar como si cuatro hombres la estuvieran sacudiendo por las cuatro esquinas. *Ya empezamos.* –Pensó-. Sus huesos se resentían con las fuerzas de presión que se acumulaban sobre su cuerpo, y sus articulaciones no aguantarían demasiado.

- ¡Abortar! –Gritó-. ¡Abortar!

- No podemos subirle señor. –Dijo el piloto de la derecha-. Maldita sea.

El pitido de los controles del helicóptero resonaba por todas partes, el aparato se tambaleaba, y la cesta que colgaba por el brazo robótico crujía y se encogía lentamente.

- ¡Ohhhhh Dios santo! –Dijo Alfredo-.

Su cuerpo pronto sería aplastado, despachurrado y despedazado, convirtiéndose en un amasijo de carne adherida a pedazos de hueso empapado de sangre, jugos gástricos y órganos diversos.

- ¡Mantenga la calma señor! –Exclamó el piloto de la izquierda-.

Y así lo hizo. Alfredo se relajó y soltó los bordes de la cesta; juntó sus manos y entrelazó los dedos; cerró los ojos y apretujó sus labios.

- Ya estoy preparado... Padre nuestro que estás en los cielos...

## XVI

Una fuerte sacudida hizo que todo se moviera. Y entonces vino otra sacudida, y otra, y otra, y otra.

- ¡Salta! –Gritó el piloto por la radio-.

- ...hágase tu voluntad, tanto en la tierra como en el cielo...

- ¡Saltaaaaaaaaaa!

Por un acto reflejo o empujado por una mano invisible, Alfredo dejó de rezar y saltó de la cesta.

- Corta el cable. –Dijo alterado el piloto de la derecha-.

Y la cesta junto al cable, se precipitaron hacia el suelo y se fundieron como si estuvieran comprimiéndose por sí solas.

Alfredo cayó al húmedo suelo de espaldas y respiró profundamente.

- ¡Aaaaaahhhhhhhhhggggggggggg!

Tomó aire como si fuese su primera vez, o la última, comprobó que no estaba muerto, se palpó los brazos, las piernas, el pecho, las costillas, los hombros... y la entrepierna; y se puso de pie.

- ¡Estoy vivo! –Gritó-. ¡Estoy vivo!

El helicóptero se estabilizó y los dos pilotos miraron hacia abajo.

- El recolector está en el suelo. –Informó el piloto de la derecha-. Sano y salvo.

\*

No sentía la gravedad de su propio cuerpo; la esponjosa superficie que pisaba, de algas tumbadas secándose y otras aun flotando en la nada, resbaladizas piedras, y alguno que otro pez muerto, le resultaba tanto extraña, como alucinante. *No peso casi nada. Es como si estuviera caminando en el espacio.* –Dijo por radio-.

Sin más dilaciones se dirigió hacia el centro del suceso. Sus pasos, o más bien sus saltos flotantes, eran suaves y seguros, y su mente no albergaba temor alguno; se sentía a gusto dentro del enorme agujero de acuosas paredes. El suceso le fascinó desde el primer momento, pero ahora sentía una paz interior placida e inmensa. *Ahora yo soy el pez en la pecera.* –Pensó–.

Las paredes, lisas y perfectas, cada vez estaban más lejos de él, y el mundo que albergaba el lago tras ellas, también. De pronto, sin que realmente fuese su intención, bajó la mirada hacia el suelo y distinguió una vasija rota entre la flora que se moría. *¿Restos de una civilización perdida, o basura?* –Musitó–. Se agachó lentamente y entonces vislumbró algo aún más extraño y extraordinario.

- He encontrado una calzada. –Dijo por radio–.

- ¿Cómo dices? –Contestó Marián por la otra línea–.

- Una calzada... una calzada.

- En el fondo de un lago. –Continuó Marián–. Un camino hacia el Edén.

Alfredo recordó la historia del “profesor chamán” y se le escapó una carcajada.

- Voy a seguirla a ver a dónde conduce.

- Muy bien. Ándate con cuidado.

- Lo haré Marián, no te preocupes. Ah, y otra cosa.

- Dime.

- Dile al chaval del traje raro que se vista y que mande al DEDALOS. Me gustaría aprovecharme de sus seis cámaras y grabar cada centímetro del descubrimiento.

## XVII

El DEDALOS entró zumbando y casi se estrella, pero el friki de las fuerzas aéreas consiguió hacerlo aterrizar cerca de Alfredo sin sufrir ningún daño.

- No lo hagas volar. Sólo intenta que me siga dando saltitos. –Indicó Alfredo-. Aquí la gravedad no es como la que hay ahí fuera.

- Sí señor.

Las imágenes que retransmitía al centro de mando eran increíbles. Veinte metros más delante de donde había encontrado la calzada, se encontraba un altar rodeado por columnas y cubierto por diversos materiales y cosas, que quizás fuese un pequeño templo o un lugar sagrado. Magnífico. A pesar del pasar de los años aún se mantenía en perfectas condiciones. Alrededor de las ocho columnas se habían formado hileras acaracoladas de hongos acuáticos fosilizados; el altar, construido con una rara piedra azul fluorescente, parecía estar suspendido en el aire, pero en realidad varias capas de cristal salino ejercían como base. Un material tanto difícil de encontrar, como imposible de manejar. *¿Qué clase de tecnología manejaba esta gente?* –Pensó Alfredo-. Los que veían las imágenes fuera del suceso tampoco podían creerlo.

- ¡Un minuto! –Dijo Manuel, el jefe de la sección arqueológica-. ¿Puedes acercarte a la columna que está delante de ti?

Alfredo asintió con la cabeza y se dirigió hacia el lugar.

- Llévate a DEDALOS si no te importa. –Añadió Manuel-.

- Por supuesto. –Contestó Alfredo-.

Levantó el aparato sin ningún esfuerzo, y mientras casi se deslizada suspendido gracias a la ingravidez, lo acercó a la columna.

- ¡No es posible! –Exclamó Manuel-.

- ¿Qué ocurre?

- Distingo símbolos de todos los lugares.

- ¿A qué te refieres?

- Me refiero a que parece que todas las civilizaciones sudamericanas han convivido en este lugar, y en la misma época. Mexica, Maya, Muisca, Moche, Nazca, Tiahuanaco, Cañarís e Inca, entre otras ¡Increíble!

Alfredo empujó el DEDALOS hacia abajo.

- Un minuto. Creo que he visto otra cosa.

Se agachó y empezó a limpiar el suelo de restos. Al parecer, los símbolos estaban representados hasta la base de cada columna y de ahí se esparcían por todo el suelo para finalmente encontrarse en la base del altar.

- ¿Pero qué demonios es eso?

Una especie de red de fibras casi transparentes, que parpadeaban de manera casi imperceptible, se distribuía como una inmensa telaraña por toda la superficie de la base.

- ¿Estáis viendo esto? –Preguntó Alfredo–.

Ninguno contestó.



## XVIII

Todos observaban boquiabiertos. Los militares no se preocupaban por sus armas, los historiadores no entendían nada, los filósofos y los teólogos, debatían sin sentido, Marián estaba asustada y Alfredo sintió como todo su cuerpo se erizaba de la emoción, como si una suave corriente eléctrica le hubiera acariciado. Estimulante. No pudo resistirse a la tentación. Se quitó el guante derecho y se arrodilló sobre el místico suelo; durante dos segundos dudó, pero enseguida recobró la avidez de conocimiento; no sentía miedo, ni dolor, ni angustia; no notaba como el equipo observaba a través de las cámaras; no le preocupaba su propia seguridad. Y entonces, impulsado por una emoción para él desconocida, tocó el suelo.

- Oooohhhhhhh. ¡Está caliente! –Exclamó–.

Sin motivo alguno, comenzó a ver lo que ocultaba la gruesa superficie que le separaba de lo desconocido.

- ¡Un arca!

Dentro del inmenso recipiente de cristal, había toda clase de cosas, plantas y animales. Todos y todas parecían estar durmiendo una milenaria hibernación. Tortugas de los mares del sur, bueyes de las estepas asiáticas, aves de la selva amazónica; palmeras, cocoteros, arbustos, pinos, rosas; vasijas, muebles, escritos... de todo y de todas partes.

Gggrrrrrrrrrrrrrrreeeeeeeeeeeeeeeeeeekkkkkkkkkkkkkk.

El suelo empezó a moverse y un sonido, grave y agudo a la vez, resonó por todas partes.

- La he pifiado. –Dijo Alfredo–.

La superficie cada vez brillaba con más intensidad y las columnas junto con el altar se deshacían como si estuvieran hechas de arena de playa.

- ¡Es hora de que salgas de ahí! –Gritó Marián por radio-.

- ¿Y cómo lo hago?

- Sal de ahí... sal de ahí. –Gritaba histérica-.

Los intrépidos pilotos se subieron en el Seahawk y se prepararon para despegar.

- Permiso para acudir al rescate. –Dijo el piloto de la derecha-.

- Permiso concedido. –Informó el oficial al mando-.

Pero justo cuando se disponían a hacerlo, el cielo oscureció y una gran bola de metal brillante apareció. No era como la luz del sol, ni la luz artificial; era un destello de una mezcla de ambas que fluía por su superficie como si varios riachuelos la recorrieran simultáneamente. Descendía y se dirigía hacia el centro del suceso.

- ¡Aborten misión de rescate! –Ordenó el oficial al mando-. ¡Aborten la misión!

- Lo sentimos mucho señor. –Dijeron ambos pilotos-. Buena suerte.

## XIX

Cuando faltaba poco por llegar al suceso, la bola se detuvo; las luces remitieron y un sonido, como el de antes, surgió de sus entrañas. *Me están avisando de que algo va a pasar.* –Pensó Alfredo-. Quiso mirar a su alrededor, deseó poder correr y alejarse de ahí, pero era inútil.

La bola mostró su verdadero aspecto; placas rectangulares de metal solido se deslizaban libremente por su superficie, cambiando de sitio, recolocándose, moviéndose, y finalmente acabando en el mismo lugar; o al menos eso parecía. Los cambios se contaban a centenares, o puede que millares; de entre todo ese movimiento se podían distinguir diversas formas, como águilas deformes, monos serpenteados, o arañas descomunales. *Los enormes dibujos de Nazca.* –Susurró Alfredo-. *¡Son de origen alienígenas!* –Exclamó entusiasmado-.

La base temblaba aún más. Daba la impresión de que los seres de esa nave querían arrancar el arca del suelo para llevársela. *Es suya.* –Dijo Alfredo-. *Han venido a por ella.*

- No te quedes ahí pasmado y sal corriendo. –Dijo Marián cabreada por radio-.

El arca se sacudía con fuerza, la tierra se levantaba, el agua de las invisibles paredes se agitaba con furia, y Alfredo permanecía parado... inmóvil.

- Si voy a morir no pienso perderme el espectáculo. –Contestó-.

- No te rindas. –Insistió Marián-.

- No me he rendido ¿pero qué puedo hacer?

- Tú eres el físico ¡piensa!

Gggrrrrrrrrrrrrrrreeeeeeeeeeeeeeekkkkkkkkkkkkk.

Otro sonido idéntico a los de antes salió de la nave.

- Me da la impresión de que se trata del último aviso. –Afirmó Alfredo-.

A su alrededor todo parecía permanecer suspendido en el aire. Incluso él sentía como sus pies despegaban del suelo. Los alienígenas habían venido a por su arca, y muy pronto la tendrían. Los militares quisieron poner en marcha su maquinaria de guerra, pero nada funcionaba, los científicos observaban, registraban, y catalogaban los acontecimientos según un orden conciso, o como les daba la gana; el resto de personal miraba boquiabierto, y Marián temblaba al ver como el hombre que amaba estaba a punto de ser despedazado por una nave de otro mundo. *De locos.* –Pensó Marián–.

- ¡Ya lo tengo! –Exclamó Alfredo–. Dile al friki que enchufe al DEDALOS cuando yo se lo diga.

- Ahora mismo. –Contestó suspirando–.

Alfredo agarró el aparato e intentó acercarse al suelo todo lo que le resultaba posible. Entonces, dobló las rodillas y se impulsó con fuerza lejos del arca que se desenterraba lentamente. Se iba acercando a la línea invisible que separaba el suceso del otro mundo... su mundo. La falta de gravedad cumplió con su función, las piernas de Alfredo temblaban, y con voz trémula y ahogada, gritó al friki.

- Arranca este trasto ¡yaaaaaaaaa!

## XX

El zumbido de DEDALOS alivió la tensión que Alfredo había acumulado, e igual que un cohete de feria, ambos despegaron con fuerza y atravesaron la barrera del suceso alejándose de él. En cuanto el DEDALOS perdió el empuje inicial comenzó a resentirse por el peso de su pasajero; el aparato no había sido diseñado para ello, aunque parecía aguantar.

- No se mueva demasiado señor. –Indicó el friki que luchaba por traerle de vuelta-.

Alfredo se mordió la lengua y se relajó todo lo que pudo. Sus brazos debían aguantar su peso.

- Estoy bien... aguantaré.

Mientras se alejaba de la nave alienígena vio como el arca estaba a punto de entrar en contacto con la nave. Un nuevo ruido resonó por todas partes, como si miles de trompetas sonasen a la vez, o como si un carguero de dos mil toneladas se estuviera escacharrando en afiladas rocas; El arca se fundía con la nave. Las placas metálicas que cambiaban de lugar constantemente se agitaron y se partieron en varios trozos, que a su vez se partieron en otros más pequeños. *Desmolecularización fragmentada.* –Pensó Alfredo-. *Pero si eso es imposible de conseguir.* Entonces sonrió y entendió que una civilización avanzada sí que podría disponer de esa clase de tecnología. *Seré bobo.*

Cuando por fin puso sus pies sobre tierra firma, el arca ya casi había sido engullida por la nave.

- Menos mal que estás bien. –Dijo Marián y le abrazó con fuerza.

A ella no le importaba para nada el asombroso espectáculo que se producía en ese momento; le había resultado más angustioso que interesante. Él compartía ese sentimiento de alivio y la mantuvo ente sus brazos durante un buen rato.

Mientras tanto, a los visitantes ya les quedaba poco por hacer. La nave volvió a hacer un tremendo ruido, aunque diferente, y una masa de luz intensa y difusa la envolvió. Y en un abrir y cerrar de ojos se proyectó hasta la estratosfera y desapareció. El lago se estremeció, el aire fluyó, los militares suspiraron, los científicos callaron, y el enorme agujero desapareció.

- Me alegro de que no se tratase del fin del mundo. –Susurró Alfredo-.

- Yo también. –Suspiró Marián-.

- Te quiero.

- Y yo a ti. –Contestó ella-.

Abrazados y aliviados, no se fijaron en todo lo que ocurría a su alrededor. El mundo había sido colocado patas arriba, pero a ellos no les importo.

- ¡Un minuto! –Exclamó Alfredo-.

- ¿Qué pasa?

- Acabo de caer en la cuenta... después de esto, me esperan montañas y montañas de papeleo y trabajo administrativo. ¡Malditos alienígenas!

- Jajaja. –Marián se rió, y volvió a abrazarle con fuerza-. No te preocupes, yo te ayudaré.